

Marcio Veloz Maggiolo, *La verdadera historia de Aladino*, Santo Domingo, Alfaguara Juvenil y Editora Nacional, 2008, 112 pp.; *Las bodas de Caperucita*, Santo Domingo, Fundación Educarte - Mediabyte, 2008, 52 pp.

Son muchos y originales los aciertos de la narración de Marcio Veloz Maggiolo *La verdadera historia de Aladino*, ilustrada por Jovanny Silberberg, que la hacen muy merecedora del Premio Anual de Literatura Infantil 2007 «Aurora Tavárez Belliard» otorgado por el Ministerio de Cultura de la República Dominicana.

No es la primera vez que el autor dedica fascinantes páginas a los lectores más jóvenes. Como muestra, basta recordar *De dónde vino la gente*, de 1978, *El jefe iba descalzo*, de 1993, y *Ladridos de luna llena*, de 2008. Pero aquí el maestro dominicano se enfrenta con una de las leyendas más poderosas y arraigadas de la imaginación literaria universal, el amplio mundo que se suele reunir bajo el membrete de las *Mil y una noches*, aun cuando filológicamente no siempre correspondan a la compilación más antigua. Y lo hace con gran inventiva, barajando todos los naipes de las tramas tradicionales hasta crear un argumento enredado y novedoso, con no pocos golpes de teatro.

Al veinteañero y apuesto Aladino le da una compleja genealogía, al hacerle hijo de un camellero discípulo de Alí Babá y nieto de un sultán derrocado por beduinos fanáticos. Criado casi en orfandad por su madre Asisa, vendedora de mieles y dátiles, Aladino alcanza una fabulosa riqueza gracias al hallazgo de la consabida pequeña lámpara de plata cobriza. Su pobre carpa se transforma en un palacio maravilloso rodeado de oa-

sis, que despierta la curiosidad del sultán —él también muy joven y aficionado a la crianza de mariposas gigantes y a la carcería de luceros— y de su linda hermana Halima. Además, la coqueta Asisa recobra, gracias al genio que sirve a su hijo, su impresionante belleza de muchacha, que años atrás había hechizado al padre del actual sultán, y éste último concibe el deseo de realizar el sueño del difunto sultán y atraer por fin a Asisa al harén.

Tras varias visitas entre los dos palacios, el joven sultán, que había fingido buscar alianza con los acaudalados vecinos, se encierra con la lámpara para disfrutar de sus poderes mágicos, pero no lo consigue, porque el astuto Aladino había ordenado al genio que no saliera de su escondite durante varios días. Entre Aladino y Halima florece el amor, pero en su noche más feliz, el tramposo mago de la corte, Ibrahim, el mismo que había robado el secreto de Aladino penetrando en sus sueños, le arrebató la lámpara y la alfombra voladora. Cuando los dos enamorados, tras un largo y difícil camino, llegan al lugar donde antes se extendía el palacio de Aladino, sólo encuentran el desierto. Asisa también vuelve, a lomos de mula, vieja otra vez. Nada queda del esplendoroso pasado, salvo el amor de Halima, la de los siete velos con los colores del arco iris.

Ibrahim decapita al sultán y usurpa el trono, devolviendo la juventud a la irresistible Asisa y ofreciendo un puesto de escriba a Aladino, para vigilarlo de cerca con la esperanza de que le indique el camino hacia la inencontrable caverna de Alí Babá. Pero los designios de Alá son otros. Una tarde en que sopla el simún, el viento caluroso y polvoriento de los arenales, el halcón amaestrado de Halima quita la lámpara de las manos del malvado mago, que acaba convertido

en mono saltarín, ejerciendo de payaso para la misma Halima, nueva dueña del genio. Los últimos deseos con que éste tiene que cumplir son devolver el sultanato a Aladino y Halima, y la edad correcta a Asisa, y luego despedirse para siempre de su oficio.

Marcio Veloz Maggiolo conduce la narración con un gran derroche de imaginación: caballos alados que se transforman en trozos de cristal de roca para descansar, camellos de tres jorobas llamados «trimedarios», piratas con dos mil esposas, girasoles azules o mejor dicho «giralunas» nocturnas que buscan reflejos lunares, elefantes que producen colmillos de marfil como frutas... Y tampoco faltan guiños afectuosos a la lejana patria chica, por ejemplo cuando se dice que sobre la cabeza de Aladino «se asentaban palomas verdes y azules, como las que inventara el pintor Cándido Bidó cuando reencarnó en la isla de Santo Domingo luego de sus vidas anteriores en Bagdad» (p. 69).

Pero más allá todavía de la sabia y sabrosa construcción intertextual y del estado de gracia de la expresividad, llama la atención en este entrañable libro el constante asomar de la inspiración profunda y característica de Marcio Veloz Maggiolo, casi un sello de fábrica, aquí en su dimensión arábica y juvenil.

Desde la mismísima primera página, el libro está lleno de referencias a la poética de la «memoria fermentada», plural y vicaria, desarrollada lozana y cabalmente en sus obras mayores. Todas las historias son variantes relativas. Esta, que jura ser la «verdadera historia» de Aladino, empieza con la más terrible de las prohibiciones: en el cambio de dinastía se prohíbe «fabular historias, escribir y comentar» buscando así «eliminar para siempre la memoria» (p. 7).

Y el viaje de Aladino es en buena medida una búsqueda de la memoria, junto con la felicidad. Y es un itinerario de la escritura. Porque, como precisa muy pronto el narrador: «Ésta es una parte de la historia que corre entre los beduinos de hoy. Pero no es la única, porque las tradiciones surgen y se modifican si no son asentadas en los libros» (p. 23). Cuando Ibrahim sube al trono, sorpresivamente (quizás sea aficionado a cierta literatura de régimen dictatorial), brinda a Aladino tinta y papel egipcio para que escriba su historia y la lea durante las fiestas del palacio. Y Aladino accede a «escribir una historia que Ibrahim revisaría cada día para acomodarla de manera tal que lo presentara como el mejor de los sultanes y que borrara los hechos negativos que pudieran colarse en la memoria de la gente» (p. 105). Pero en la última página del libro el narrador revela que la definitiva y auténtica historia escrita por Aladino es la que acaba de contarnos, luego especifica con ironía que nadie conoce el texto porque se perdió. Y borra toda pista asegurando que «es la misma historia que, con variaciones, repiten los beduinos» a los turistas «que atraviesan el desierto en busca de cuentos, historias, aventuras y agua» (p. 109).

Es tal vez en la figura del genio donde más se concentra la poética del escritor. Cuando rejuvenece a Asisa, el genio puntualiza que no puede borrar de su mente el pasado, pero sí «fabricarle una falsa memoria que puede usar a su antojo» (p. 26). A él recurre Aladino para conocer la historia de su padre, porque «el genio es un archivo de sombras y de luces, lee en el viento lo que se ha quedado flotando en la bruma de la memoria» (p. 48). La mayor riqueza del genio, son, al parecer, sus biografías. En su pri-

mer encuentro con Aladino le cuenta una, luego añade: «También tengo otras [...] y a cada uno de mis dueños les he dado la oportunidad de oírlas. Tendrás que ver con cuál te quedas, señor Aladino» (p. 77). Y aclara todavía más en otro pasaje: «Esta biografía que te he narrado, no es la única, a cada dueño le narro una biografía diferente. Todas son en parte mentira y en parte verdad. Por lo tanto, ésta, la de mi aventura marina, podría ser cierta o bien falsa. Los genios no estamos obligados a decir la verdad y gozamos mucho, como los poetas, inventando vidas que no hemos vivido» (p. 30). El genio, «esclavo de los deseos de otro», es a su manera un fabulador. Y al final, su vocecita débil sale por última vez de la lámpara para agradecerle a Halima la liberación: «Me vuelvo al reino de la fantasía de donde vine. Ningún ser terrenal puede matar un genio, pero sí puede al pedirlo, hacerlo desaparecer y volver a su lugar de origen, al eterno descanso que necesitamos cuando hemos tenido que sufrir por las ambiciones, maldades y angustias de los seres humanos. Les dejo mis varias biografías para que cuenten a sus nietos las que cuadren a sus temperamentos» (p. 107).

Junto con su incursión en los territorios fabulísticos orientales, Marcio Veloz Maggiolo reelabora también el cuento tradicional de Caperucita Roja, en la narración *Las bodas de Caperucita*, que forma parte de un curioso libro, *Caperucita de ida y vuelta*, compuesto por el texto que acabamos de citar y la larga composición en versos cortos *Memorias de Caperucita*, del poeta dominicano Tomás Castro Burdiez, que ocupa otras 88 páginas. Ambos escritos son ilustrados por el grupo universitario Collage.

Una vez más, el enfoque de Veloz Maggiolo es singular y atractivo. Nos

presenta el lobo, llamado cariñosamente Don Feroz, en relaciones familiares con la abuela y Caperucita, desde que ésta última lo sacó de un barranco donde lo había encontrado agonizando, malherido por los perdigones. Caperucita conoce la historia del lobo de Gubia, domesticado por San Francisco de Asís, y se propone hacer de Don Feroz un lobo bien educado, a través del afecto y el cambio de dieta. Así, Don Feroz vive durante varios años con la abuela y su nieta, y los campesinos le toman confianza. Caperucita cumple los veinte años y es de una belleza radiante. Tiene un puesto de flores en el mercado y produce en su jardín unas preciosas rosas doradas. Don Feroz, su ayudante, se ha vuelto casi vegetariano.

Entonces se desarrolla la segunda parte del plan de Caperucita: el viejo Don Feroz, y su joven prosélito Don Lobezno, son los misioneros encargados de convencer a los lobos de que pueden aprender a comer primero piltrafas y luego bollos de maíz, así su vida se hará menos riesgosa. Pero los dos, convertidos en perros perfumados y gordos, no tienen éxito con la manada salvaje. Y además, se ponen celosos del Conde Florete, un apuesto joven señor de tierras y ganados que visita a Caperucita y le promete matrimonio. El enamoramiento y las bodas, clásico happy end de los cuentos de hadas, se tornan aquí en un auténtico desastre: Don Feroz y Don Lobezno se alejan y caen en una celada de los pastores, la abuela muere llorando y el rosal dorado se seca.

Don Florete le regala a Caperucita dos perros finos y aristocráticos, con los cuales va al mercado, imaginándose que en ellos viven las almas de sus dos amigos. A la heroína no le queda sino recordar «los años de in-

fancia, quando con su cesta de frutas y su capa roja visitaba a la abuela, y el Lobo Feroz la amenazaba de muerte» (p. 49), aunque «la vida se encarga de convertir el pasado en lejanos recuerdos, en lágrimas ya distantes» (p. 50).

La vivencia de Caperucita es un poco la otra cara de la moneda respecto a Aladino. Esta vez la memoria exhibe el aciago papel de consuelo por el fracaso de haberse atrevido a salirse del guión. Pero en cambio también aquí Marcio Veloz Maggiolo consigue hábilmente andar nuevos pasos por antiguos caminos.

DANILO MANERA

Francisco Zamora Lobo, *Conspiración en el green (El informe Abayak)*, Madrid, Sial / Casa de África, 2009, 415 pp.

Cosa succederebbe se al Centro Nacional de Inteligencia spagnolo arrivasse la soffiata che nei circoli di esuli equatoguineani si ordiscono trame per tentare un colpo di stato ai danni del dittatore Teodoro Obiang Nguema? Come potrebbero reagire i servizi di controspionaggio di quella che fu la madrepatria coloniale del piccolo stato africano? E che ruolo hanno in questo scenario da romanzo poliziesco e spionistico un libanese e un Lord inglese che su un campo da golf sudafricano progettano a loro volta un colpo di stato?

Ton D'Awal, originario della Guinea Equatoriale, ormai da tempo risiede e lavora a Madrid, dopo essere fuggito dal carcere del suo paese natale. Dirige una piccola agenzia di investigazioni privata che viene contattata dal Centro

Nacional de Inteligencia per indagare su un probabile colpo di stato ai danni di Obiang Nguema, che da oltre trent'anni governa incontrastato. D'Awal si trova pertanto costretto a compiere un lungo viaggio nel suo passato, tra altri connazionali anch'essi esuli a Madrid o a Barcellona, a New York o in Camerun, cercando di ricomporre il puzzle della situazione socio-politica guineana attuale. Ne emerge l'immagine di una terra poverissima, anche se incredibilmente ricca di idrocarburi, che il governo svende alle multinazionali straniere, intascando tutti i profitti e lasciando morire di fame la popolazione. Un dittatore appoggiato dalla famiglia, ma anche da forze molto potenti che provengono da oltre confine, multinazionali, banche e governi; un capo spietato verso gli oppositori politici e talmente terrorizzato dall'eventualità di un golpe da spedire in carcere al minimo pretesto chiunque sia semplicemente di una etnia diversa dalla sua. Poco a poco si scoprono i tasselli e ogni volta che l'immagine pare delinearsi, sopraggiunge un incontro che rimescola di nuovo le carte. D'Awal viaggia, interroga, ritrova personaggi della propria storia personale, scrittori, giornalisti, oppositori politici, dissidenti, prostitute e da tutti ottiene nuovi dettagli, nuovi punti di vista, nuove rivelazioni su quanto è accaduto negli ultimi cinquant'anni di storia equatoguineana e su quanto continua ad accadere. Sono personaggi volatili, che appaiono e scompaiono nel giro di poche pagine, lasciando la testimonianza delle proprie ferite. Come Papá Motuda, fuggito dal carcere di Blay Bich dove era finito per essere di etnia bubi, o Papá Tío Esono che invece per il carcere ha lavorato a lungo prima di scappare disgustato dalla Guinea di Obiang. O come Rosalía,